

Desde la Puerta del Sol



Número 1 – 10 de noviembre de 2017

El tonto del haba

Emilio Álvarez Frías

No hacemos ningún descubrimiento si ponemos de manifiesto que en las fiestas de Reyes el roscón es pieza fundamental. Puede tomarse tal cual se elabora en el obrador, o se le puede complementar con un relleno de nata montada, crema pastelera, de chantilly, de moca, de castañas... y casi de cualquier cosa que se le ocurra a quien lo confecciona. Pero en el roscón no puede faltar el regalo –consistente normalmente en un muñequito de cristal– y el haba. A quien tocaba el regalo es coronado como rey de la fiesta, pero quien hallaba en su trozo el haba recibe la calificación de «tonto del haba», o «tontolaba», y le toca pagar.

Si buscamos analogías con el tema catalán, podríamos decir que a quienes están en prisión, o esperamos pasen a ella en el menor tiempo posible, podemos calificarlos como los reyes de la fiesta, pues han permanecido al pie del cañón, es decir, asumen sus responsabilidades en espera de que todo quede en nada como muchos los aseguran, por más que otros consideren que han de cumplir notables períodos de relajamiento en las instalaciones carcelarias del estado que pagamos entre todos.

¿Pero quién es el «tontolaba» de este roscón? Está claro, es Carlos Puigdemont, con el séquito

En este número:

El tonto del haba, Emilio Álvarez Frías
Los nuevos charnegos, Manuel Parra Celaya
¿Está Carles? Que se ponga, Jesús Lainz
Tres siglos de abuso de la burguesía catalana, Sergi Doria
El Hereu, Sertorio
La inteligencia tiene nombre de encuentro, Fernando de Haro
Verdadero o falso, Sila Félix

de sus cinco exconsejeros. Aunque Puigdemont se siga considerando a sí mismo como presidente de la república catalana en el exilio, lo cierto es que resulta ser el «tonto del haba» por ser el que ha asumido como válida la fallida declaración de Cataluña como República Independiente. Y cada vez lo va siendo más, pues sin querer pagar el roscón, según las normas, va reuniéndose con cualquiera que lo reciba en Bruselas –pocos, casi nadie, salvo los encargados de conceder la extradición pedida por la juez Lamela–, la troupe de alcaldes que ejercen de fans, los periodistas que quieren publicar un bombazo



con sus declaraciones, algún belga que todavía no ha venido por España a tomar el sol y asistir

a una fiesta flamenca, y ni sabe dónde se encuentra en el mapa de Europa, y poco más; aunque eso sí, se exhibe profusamente por las calles como si fuera una vedete del «Mademoiselle» o de «Le Petit Chapeau Roud Rouge» de Bruselas. Nuestro Puigdemont, al final, tendrá que pagar sus devaneos por la capital comunitaria donde esperaba tener audiencia, aunque le pese. Tardará más o menos, pero al final se las verá con la Juez Lamela, o quien le corresponda en ese momento. Probablemente entonces tenga un nuevo cargo que salga de la siguiente pregunta que nos hacemos: ¿con qué dinero está llevando sus especiales vacaciones en la capital de Bélgica? ¿De dónde saca fondos para pagar a su notable abogado? ¿Quién ha pagado el viaje de los alcaldes? ¿Acaso el dinero que ha de estar gastando es suyo y lo tenía en algún paraíso fiscal? ¿Procederá de esos fondos que se suponen que la Generalidad catalana ha situado en el extranjero para cubrir contingencias como esta u otras de tipo parecido?

Lo cierto es que, si los jueces se meten de lleno en investigar sobre la vida y hacienda de este personal, yéndose hacia atrás también, tal como el todavía no investigado a fondo Arturo Mas, sin parar en la búsqueda de los dineros robados por la familia Pujol desde el caso Banca Catalana a la actualidad, y todos los otros que solo han sido tocado ligeramente por el caso la república catalana. El «tontolaba» lo ha de tener crudo, como esperamos. Y al final contamos con que pagará el roscón y no nos veremos obligados el resto de los españoles a hacer frente a su coste.



Los nuevos charnegos

Manuel Parra Celaya

La palabra *charnego* (*xarnego*, en grafía catalana) está claramente en desuso en estos días. Sirvió ampliamente como despectivo, y casi insulto, para que los catalanistas acérrimos designaran a aquellas personas que se incorporaban a Cataluña, procedentes de otras regiones españolas, en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida para sus familias, y que lograron ambas cosas a costa de los sudores, los esfuerzos sin cuento y, muchas veces, de la animadversión y el menosprecio de sus convecinos, defensores sañudos de su *identidad*.

Creo que fue la señora Ferrusola –la *madre abadesa*– quien llegó a tildar con este adjetivo a Montilla, ese señor que presidió el infausto tripartito en la Generalidad y que el otro día se ausentó del Senado para no tener que votar la aprobación del artículo 155, en una muestra de valor.

Del *charnego* quedó una excelente huella literaria en *Las últimas tardes con Teresa*, del ahora proscrito y *facha* Juan Marsé, con la inolvidable figura del *Pijoaparte*, que engatusaba a las niñas pijas de la burguesía catalanista que jugaban al antifranquismo dorado en los años 60 del pasado siglo; no olvidemos tampoco las canciones de Serrat –otro reciente *facha*– y la soterrada película *La piel quemada*, de José M.^a Forn; también sería conveniente quitar el polvo acumulado sobre la obra de Candel *Los otros catalanes*. Y ya puestos a exhumar, sería conveniente reproducir las

palabras juveniles de Jordi Pujol, expresándose en términos cuasi racistas sobre los andaluces llegados a Cataluña.

Pero, como decía, el término ha quedado ahora en desuso, y el motivo no es otro que el desembarco en masa en las filas separatistas de los hijos y nietos de aquellos vituperados *charnegos*. Algunos padres y abuelos ya les dieron ejemplo, confundiendo interesadamente una lógica integración en la sociedad de acogida –siempre dentro de España– con condescendencias, complicidades y fervorines hacia el nacionalismo influyente y gobernante; mucho tuvo que ver la generosa política de subvenciones oficiales hacia aquellas casas regionales y entidades de todo tipo que bailaban el agua a la Generalidad y sus políticas.



Charnegos por Catalunya Lliure...

Ahora, los descendientes son, no los más catalanistas, sino los más exaltados separatistas y antiespañoles; los lópeces, garcías, fernáneces... engrosan la nómina de los defensores de la *independencia*, mucho más que los payeses de *ocho apellidos catalanes*, y nutren las filas del golpismo actual.

No queda la cosa aquí. Podríamos aludir a los *novísimos charnegos*, con referencia a inmigrantes agarenos y subsaharianos portadores constantes de *esteladas* y objetivo preferente de las cámaras de TV3 y de los fotógrafos de *El Punt-Avui*. No nos olvidemos tampoco de algunos hispanos (ellos prefieren llamarse *latinos*, claro) que, con procedencias argentinas, ecuatorianas o bolivianas, hacen sus pinitos por demostrar que nadie los gana en catalanes y fieles súbditos de esa *república* que, sin duda, les colmará de bienestar. Tengo algunos ejemplos en la punta de la lengua (mejor, de la pluma), pero me contengo, porque, aparte de ser conocidos por todos, son ejemplos tan espectaculares de la miseria humana que mejor no hacerles publicidad.

Estos últimos prefieren ignorar que la Generalidad potenció la presencia de la inmigración procedente del mundo musulmán antes que la proveniente de Hispanoamérica, pues desconfiaban de la *asimilación* lingüística y cultural de ellos; ni que decir tiene que, a pesar de los esfuerzos de este sector (reducido, con todo) por colgar *cubanas* en sus balcones, los siguen motejando con el otro despectivo de *sudacas*...

De forma que, como dice un amigo mío, no es exacto hablar del *separatismo de Cataluña*, sino del *separatismo en Cataluña*, pues sus confusas filas se han nutrido de estos nuevos y *novísimos charnegos*, mientras son legión los catalanes de origen y raíces quienes se siguen sintiendo profundamente españoles.

Como tal, siempre me ha repugnado la voz *charnego*. He preferido, para los casos de conversión al separatismo, dejarlo en *estómagos agradecidos*, o traidores a sus orígenes, o *rufianes*... ¡Hay tanta riqueza lingüística tanto en castellano como en catalán!

¿Está Carles? Que se ponga

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Carles, eres tú? ¡Por fin! Hola, soy Mariano. ¿Te llamo en mal momento? ¿Cómo te va? ¡Qué difícil eres de localizar, carallo! Pero dime, ¿por qué te has ido, si no tenías necesidad? ¡Si nada nos habría agradado más que te hubieras quedado e incluso que te hubieras presentado a las elecciones de diciembre! Eres un caprichoso, Carles. Más fácil no te lo hemos podido poner. Te concedimos plazos, y cuando esos plazos vencieron, te concedimos más plazos. Habríamos hecho cualquier cosa para no tener que aplicar la Constitución, empezando por ese engorroso artículo 155 que tantos dolores de cabeza me está dando. ¡Si hasta pedimos perdón por haber tenido que sacar a guardias civiles y policías para cubrir el expediente ante el referéndum ilegal que te empeñaste en convocar! ¡Con lo bien que nos estaba saliendo todo, Carles! Tú declaraste la independencia, pero poco, gracias a Dios. Te pregunté si habías declarado lo que habías declarado o si no habías declarado lo que habías declarado. Incluso Soraya, que de leyes sabe un rato, te rogó que tipificaras tú mismo el delito que no teníamos claro que hubieras cometido. En bandeja. Pero respondiste con una carta muy rara, admítelo. No había modo de saber si subías o bajabas. ¡Menudo gallego estás hecho! El caso es que, a regañadientes, no me ha quedado más remedio que aplicar el 155, aunque poquito y suavemente, no vaya a ser que me llamen cosas feas. Pero ya ves que hasta Su Majestad se ha empeñado en hacer cumplir la ley... Lo más grave es que has conseguido revolver los gallineros, Carles. Sí, en plural, el tuyo y el mío. ¡A ver cómo calmas ahora al tuyo tras haberle excitado con banderitas y sacado a la calle a insultar, perseguir, acosar, empujar, golpear, escupir y apedrear a policías y guardias civiles mientras tú andabas escondiéndote por túneles! Por cierto, hablando de túneles, me han contado últimamente unas historias muy raras de un tal Capitán Cojones corriendo por las cloacas de Barcelona en 1934. No sé muy bien de qué va el asunto, pues ya sabes que lo mío es el ciclismo, pero la gente se está partiendo de risa con vosotros... Pero volvamos al grano, Carles, que nos dispersamos. Si tu gallinero está revuelto, no puedes imaginar cómo está el mío, que además es bastante más

grande que el tuyo. ¡Menudas manifestaciones me están organizando! Sí, a mí, Carles, a mí. Porque eso de «¡Puigdemont a prisión!» no te lo dicen a ti, no. ¡Me lo dicen a mí! Estos días he leído por ahí que el nacionalismo español se ha despertado tras cuarenta años de letargo por la resaca antifranquista. Y ya sabes que el peor nacionalismo de todos es el español, que me lo han explicado personas de mucha solvencia. ¡Con lo tranquilos que los teníamos, Carles, y ahora se nos han echado a la calle! ¡A ver cómo hacemos ahora la reforma constitucional que veníamos anunciando desde hace meses! Porque tú sabes tan bien como yo que ni tú ni yo mandamos de verdad. Aquí los que mandan son los del dinero, tanto los de dentro como, sobre todo, los de fuera. Y éstos quieren que sigamos teniendo la fiesta en paz, por el bien de todos y sobre todo por el de sus bolsillos. Y no olvides que contáis con el total apoyo de la izquierda, que, como sabes, siempre perderá el culo por daros la razón en todo. ¡No sabes qué pesado está Pedro con eso de la plurinacionalidad, el federalismo y otras palabras muy largas! Por eso la reforma constitucional iba sobre ruedas para fingir que se cambiaban un poco las cosas a vuestro favor de modo que las cosas siguieran más o menos igual. ¡Con lo que habríais salido ganando en nuevos puestazos y sueldazos mediante la profundización del Estado de las Autonovuestras! ¡Si hasta estábamos pensando consagrar constitucionalmente el monolingüismo en Cataluña, poner os asiento en la ONU y permitir os tener selecciones deportivas, pues Rosell y Gay de Montellá nos habían dicho que así dejaríais de estar sometidos! Pero tal como se han puesto las cosas, me parece que los míos, que, como siempre, habrían vuelto a tragar cualquier cosa, esta vez no tragan. Pero no porque estén enfadadísimos contigo, no, sino conmigo. ¡Y cómo está la prensa, llamándome de todo cada día! Hasta se burlan de mi magistral manejo de los tiempos. ¡Qué difícil se nos han puesto las cosas, Carles! Y todo por vuestra impaciencia. Porque dime: ¿por qué tanto empeño en hacer un referéndum ilegal el 1 de octubre si ya has visto que te lo hemos convocado legal para el 21 de diciembre? ¡Y muy probablemente ganaréis de nuevo! Ten en cuenta que el 155 es simplemente un parche legal para corregir algunas cosillas en las que se os ha ido la mano por indiscretos, admítelo. Y fíjate si somos generosos que ni aun así han sido



Puigdemont en Bruselas con sus consejeros

procesados Jordi y su banda, y eso que ya los ves, multimillonarios perdidos cuando no hace tanto que la madre superiora lamentaba no tener ni cinco. Por cierto, y perdona que me ría, pero no me digas que no tiene gracia que estés pagando tú ahora todas juntas las fechorías cometidas durante cuarenta años por Jordi y Artur. ¡Eres un pringao! Pero lo que te estaba diciendo del artículo ése del demonio es que no cambia en absoluto el panorama electoral y mucho menos aún el ideológico. ¡Si hasta hemos dejado clarísimo que no pensamos tocar vuestra tele y vuestra radio, que, como habrás podido comprobar, siguen estando a vuestra entera disposición! Y en cuanto al largo plazo, ni te cuento: ¿no hemos dejado claro también que no tenemos la menor intención de tocar las competencias de educación? Mucho se habla últimamente de adoctrinamiento y de totalitarismo, por cierto, lo que me sorprende porque por aquí no teníamos ni idea. Algo mencionó hace poco Íñigo sobre algunos casos aislados, así que algún informe habrá que pedir a alguna comisión, pero no te preocupes, que la gente se olvida rápidamente de esas cosas. De modo que ya ves que tenéis garantizada la hegemonía ideológica para siempre, pues ya sabes que a los materialistas vulgares nunca nos ha interesado el debate ideológico. Lo importante es la economía. Además, tenéis la continuidad garantizada con ese Santi Vila, que tan prudentemente se bajó del carro tras habersele calentado la lengua hace algunas semanas y que se ha ofrecido a continuar con los tradicionales pactos con los gobiernos de Madrid hasta poder conseguir la independencia con calma y, como él dice, ajustada a derecho. Ya sabes que en España, cumpliendo el procedimiento reglamentario, se puede conseguir cualquier cosa. Hasta su destrucción. No seré yo el que se oponga. O sea, que tampoco tienes por qué tomarte las cosas tan a la tremenda. Incluso en el peor de los casos, el de que el Estado de Derecho, que confieso que es un engorro, acabe enviándote una temporadilla a la sombra, tampoco es para tanto. Te alojaríamos con los Jordis y así hasta podríais pasar el rato haciendo

proselitismo. Y cuando la gente se haya olvidado de todo este ruido, un indultillo y a otra cosa. De eso me encargo yo, que lo de poner a los criminales en la calle antes de tiempo se me da de maravilla. ¡Y con el pedazo de pensión que te llevarás, picarón! En fin, querido Carles: ipelillos a la mar y vuelve pronto, hombre, que te echamos de menos.

Tres siglos de abuso de la burguesía catalana

Sergi Doria (ABC)

En *Nacionalismo español y catalanidad* (2017), reveladora aportación histórica en estos años de estomagante hegemonía nacionalista, Joan-Lluís Marfany desmonta el mito de la *Renaixença* (Renacimiento), kilómetro cero del catalanismo, cuando en 1833 Aribau publica su *Oda a la patria*. El poema vio la luz en *El Vapor*, diario en castellano defensor del proteccionismo para la industria catalana, identificada siempre como «industria nacional» (española, claro). En su investigación de casi mil páginas, el historiador afirma que los catalanes inventaron el nacionalismo español y combatieron al invasor napoleónico con vivas a Don Pelayo y al Cid; que el castellano era la lengua de ascenso social... Tan «incorrectas» afirmaciones hallaron poco eco en los medios de comunicación que subvenciona la Generalitat. Más allá de la «incorrección política» de Marfany, el silencio obedecía a la incapacidad de los historiadores del Régimen nacionalista para desmentir sus documentadas conclusiones.

Moraleja

Bajo la lírica capa de los Juegos Florales y la nostalgia de un pasado «romántico», el regionalismo que devino en nacionalismo y ahora en separatismo se vertebró por la voluntad de poder económico. Así lo ve también Jesús Laínz en *El privilegio catalán*, compendio de trescientos años de negocio de la burguesía; desde el Decreto de Nueva Planta que ensalzaron Lázaro Dou y Antonio Capmany, ilustres catalanes de las Cortes gaditanas olvidados por la historia oficial secesionista. A partir del demonizado Felipe V, aquel que en palabras de Vicens Vives desescombró «un anquilosado régimen de privilegios y fueros», Cataluña devino en «fábrica de España»; eso sí, con una generosa protección arancelaria legislada desde Madrid.



El ministro de Hacienda catalán Laureano Figuerola (primero a la izquierda) creó la peseta

Cada vez que el librecambismo asomaba en el Diario de Sesiones, el victimismo catalanista ponía a prueba la estabilidad del gobierno español de turno. Laínz jalona esta «crónica del arancel» con citas tan ilustrativas como la de Stendhal. En 1839, el autor de *La cartuja de Parma* fue turista en Barcelona y tomó nota. Los catalanes que admiran el *Contrato social* y predicán «el beneficio de todos», los que se proclaman republicanos de pura cepa, «quieren leyes justas, con la excepción de la ley de aduanas, que debe estar hecha a su antojo... Es preciso que el español de Granada, Málaga o La Coruña no compre los tejidos de algodón ingleses, que son excelentes y cuestan un franco la vara, y se sirva de los tejidos catalanes, muy inferiores y que cuestan tres francos la vara». Opinión similar mantenía otro catalán maldito, Laureano Figuerola, el ministro de Hacienda que inventó la «peseta» –de peça en catalán–.

Cubacolonias

La «contracrónica» de los prodigios catalanistas transcurre en la Cuba colonial: muchos y conocidos apellidos burgueses contrarios a abolir la esclavitud. En el desastre del 98 sitúa Laínz la génesis del secesionismo: «De la noche a la mañana, para muchos catalanes Cuba había pasado de ser la odiada provincia separatista traidora a España a ser el modelo envidiado de la autonomía e incluso de la secesión...». Cubanofilia con la bandera «estelada» que diseñó Vicenç Albert Ballester en 1918.

Las poderosas razones de la burguesía condicionarán la política española del siglo xx: golpe de Primo de Rivera en 1923 con el apoyo de la Lliga para acabar con el anarquismo; el entusiástico manifiesto de apoyo a la sublevación de Franco con la flor y nata del catalanismo desmiente la lectura de la contienda civil como guerra contra Cataluña. Políticos clave del franquismo en todas sus etapas: Aunós, Carceller, Gual Villalbí, López Rodó, Samaranch... A modo de colofón, Laínz retrocede un siglo para recordar la célebre frase de Francesc Pujols: los catalanes, por el hecho de serlo, podrán ir por el mundo con todos los gastos pagados. La Cataluña separatista ha interpretado la boutade al pie de la letra

El Hereu

Sertorio *(El Manifiesto)*

Harto como estaba de tanta secesión y tanto Puigdemont, aproveché el fin de semana para disfrutar de uno de los escondidos lujos que me ofrece mi tierra: pasear por sus veredas serranas, perderme entre encinas, madroñeras y pinos, brujulear entre berruecos y gándaras y paladear la escasa humedad que nos trajo el breve episodio lluvioso de los días pasados. Hacia un sol espléndido y el cielo parecía un homérico, refulgente y bruñido escudo. En las cumbres de suaves lomos y pedregosos atajos, el universo sonreía a quien abandonaba a la gente del llano y desertaba a los recoletos abrigos y a las majadas altas y secas de este año sin agua. Me senté como un Zaratustra debajo de una madroñera y me dediqué a uno de mis deportes favoritos: esperar. Al poco, unos preciosos carboneros perdieron el miedo y se acercaron a las ramas más altas para libar el jugo de sus frutos. Cuenta la leyenda que el abad Vigila de Leyre se quedó así, extático, viendo a un gorrión, o un herrerillo, o un rabilargo. Cuando regresó al convento, habían pasado doscientos años desde que un tal Vigila desapareció. Puedo comprender esa leyenda lisérgica y mística. Volví a mi casa eufórico, borracho de naturaleza y bien purgado de historia. Pensé que, en estas remoteces provincianas en las que vivo, los puigdemones, los marimantecas y llorones del prusés, los Trump, los Putin y los Juncker no son sino nubes pasajeras, hojas que el viento arrastra ante la indiferencia de mis paisanos, dedicados ahora a intentar salvar la aceituna de este año, tan horrible para el campo.



Pero el gozo horaciano de aquel que se retira del mundanal ruido y se contenta con una mesa de amable paz bien abastada no iba a durar. La Historia es una madrastra implacable y, al igual que la Parca, bien puede proclamar un ominoso *Et in Arcadia ego*. Al día siguiente de mi promenade rousseauniana, llegó al maldito teléfono que me ata al infierno (que son los demás, en eso Sartre tenía razón) un vídeo que

muestra en todo su esplendor al clan Pujol: el de la hermana superiora, el del Papa Negro del prusés, el del santo limosnero del tres por ciento, el del monje mendicante de Banca Catalana, las ITV y las obras del Liceo: una familia aureolada por la beatitud calvinista de San Mammón. En él, el primogénito de Papá Pitufo, el heredero del Gran Patufet, el correveidile del patriarca, el primero de los numerosos nietos del avi Florensi –ese que derramó millones sobre el hereu Jordi, pero dejó a sus otros hijos más pelados que el velloso, o más bien pilós, Esaú– aclaraba ante una aburrida comisión del Parlament su gasto en coches clásicos de lujo, una bagatela al alcance de cualquier Juan Lanás. Aquello parecía el Salón del Automóvil de Ginebra, y eso seguro que en más de un aspecto, con un desfile de Lotus, Lamborghini, Porsche y Ferrari. Pujol junior compraba los autos del cavallino rampante a pares, pero no por vicio, sino por caridad, ya que hizo lo que cualquiera de nosotros haría por ayudar a un amigo en apuros: comprarle un Testarrosa. Yo, que soy de pueblo, sólo veo por mis lares los pandas de los agricultores y los Seat León de los canis de la dehesa, pero estoy seguro de que también haríamos lo mismo todos los españoles holgazanes que cobramos las peonadas del PER y las demás bicocas que derrama sobre nosotros el Estado que saquea y oprime a Catalonia.

Reconozco que sentí compasión y empatía por aquel hombre perseguido por los jueces y fiscales españoles, por aquel immaculado patriota catalán acosado por las autoridades de la corrupta y ladrona España y que me enterneció pensar en el calvario legal por el que pasan los Prenafeta, Estevill, Mas, Solà, Millet y demás incontables mártires de las libertades catalanas. Sometido el joven farfadet a semejante acoso por los sayones y alguaciles del centralismo franquista, ¿quién le puede reprochar a esta alma sensible que gastara unos míseros seiscientos mil euros en un Mercedes? ¿No merece uno darse un pequeño placer de vez en cuando? ¿No consuela y da solaz al espíritu delicado del zarévich de los Pujol el goce estético y moral de conducir un Mercedes de altísima gama?



Embargado por estos melancólicos pensamientos, oprimido por las injusticias de este mundo, que han llevado a tan cándida paloma a Soto del Real –donde se le ha castigado injustamente por un supuesto fraude con tarjetas–, decidí escribir estas líneas, guardar el teléfono en un arca de roble y salir al encinar a ver si acabo como el abad Vigila y vuelvo al pueblo dentro de un par de siglos.

iOh, campo! iOh, monte! iOh, río!

La inteligencia tiene nombre de encuentro

Fernando de Haro (*Páginas Digital*)

Dos meses escasos para que termine 2017 y se puede decir que en Europa hemos parado el golpe. La política monetaria expansiva del BCE, que muy poco a poco se va reduciendo, ha permitido mantener un cierto crecimiento económico. Francia y Alemania han frenado los populismos. La UE ha ganado peso por su firmeza en la negociación del Brexit y se ha hecho imprescindible para que la crisis de Cataluña fuera encauzada de forma razonable. No podemos ni imaginar lo que hubiera significado para España la pretendida secesión sin el auxilio de la Comisión o en el Parlamento europeo. Puigdemont, el expresidente catalán fugado de la justicia, solo ha encontrado cierto eco en Bruselas porque Bélgica es un país separado por un muro, el que divide al nacionalismo flamenco del nacionalismo valón.



Proclamación del inicio del proceso de la república catalana

¿Tiempo pues para retomar proyectos, para reconstruir el edificio derrumbado sobre los cimientos que han quedado en pie? ¿A pesar de que la extrema derecha se haya convertido en la tercera fuerza en Alemania? ¿A pesar de que la mitad de los catalanes quieran un estado independiente porque persiguen un proyecto nacionalista? Hace unas semanas, la investigadora Catarina Kinnvall, de la Universidad de Lund (Suecia), publicaba *Racism and the role of imaginary others in Europe*. El estudio constata el aumento de la xenofobia entre los europeos. Es el miedo, según la profesora, lo

que genera la nostalgia de una «identidad pura».

El tiempo de la claridad, el tiempo de la luz parece haber desaparecido. Solo hay amenazas. Hay quien insiste en recurrir a la voluntad. A comienzos del año que entra va a publicarse (el título lo dice todo) *Enlightenment now: The case for reason, science, humanism and progress* (Ilustración

ahora, el caso para la razón, el humanismo y el progreso). Será el último libro de Steven Pinker, psicólogo y filósofo del lenguaje, referencia de culto del liberalismo más optimista. Pinker lo deja muy claro: frente al nacionalismo y al populismo, la solución es defender la democracia, la ley y el orden, defender con militancia los valores de la Ilustración. Se podría añadir, quizás con más sutileza, para completar el argumento de este canadiense, que es necesario hacer un ejercicio de inteligencia y decir, en esta época de crisis, toda la verdad. La tradición liberal, la tradición cristiana, todas las tradiciones aún en pie, deberían someter a examen «la gran deriva» de la luz a la incertidumbre y construir un edificio sólido y consistente de argumentos y juicios que den adecuada respuesta.

Es una solución que, a juzgar por los resultados, puede calificarse como un ejercicio de voluntarismo, en palabras del sociólogo español Víctor Pérez Díaz. Un ejemplo es lo que sucedió minutos después de que en Cataluña se declarara la independencia. El ex vicepresidente Oriol Junqueras, hombre culto, aseguró que la secesión se proclamaba en nombre de «valores universales que el mundo cristiano llama la igualdad a ojos de Dios, o el amor fraterno, y que el mundo ilustrado llama fraternidad, igualdad y libertad». Un buen catálogo de valores y de juicios, desligados de la experiencia que los generó, sirven ya para casi cualquier cosa.

Por eso acierta Víctor Pérez Díaz al señalar que «entre los hábitos cognitivos y morales de la vida política moderna, en el marco interpretativo usual de la modernidad política (y de una amplia intelectualidad añadimos nosotros), se da un sesgo voluntarista. Esto es particularmente visible en la clase política, e inhibe el desarrollo de formas civiles». Esta lectura voluntarista de la realidad humana, señala el sociólogo, genera un enfoque de «enfrentamientos entre amigos y enemigos». Las formas civiles, por el contrario, se definen por «el énfasis en la deliberación, el tanteo de las situaciones, la escucha de los argumentos y la atención a experiencias diversas».

Si los valores cristianos y los valores ilustrados sirven para defender o criticar el nacionalismo, según convenga, es inútil añadir más pisos a una forma de inteligencia de la realidad que no contribuya al desbloqueo ideológico. Solo parece conveniente recurrir a «aquellas formas civiles» en las que se escuchan «experiencias diversas». Al encuentro, que es mucho más que búsqueda de consenso o ejercicio de buenismo. El encuentro es un lugar en el que emerge el material humano del que estamos hechos y al que ninguna ideología puede sepultar del todo. La inteligencia se cifra en estos momentos en localizar, fomentar, dar espacio y sistematizar esos destellos en los que los encuentros humanos nos permiten reconocernos necesitados de lo mismo, unidos en idénticos deseos. Esto es lo que supera el miedo. Otra inteligencia que no nazca de «estas formas civiles» no está a altura del desafío.

Verdadero o falso:

¿se han cargado los nacionalistas ANAFE y FOREM?

Sila Félix

ANAFE (Asociación Navarra para la Formación y el Empleo) y FOREM (Fundación Formación y Empleo Miguel Escalera) eran dos fundaciones vinculadas a Comisiones Obreras (CC.OO.) que venían desarrollando sus actividades formativas, sociales y de mediación, particularmente en el ámbito de la capacitación laboral. Durante más de dos décadas ofertaron, entre otras, cientos de cursillos formativos en Navarra, atendiendo a decenas de miles de usuarios que precisaban insertarse –o reinsertarse– en el mundo del trabajo; en el caso de ANAFE-CITE, orientados a la población inmigrante residente en la Comunidad.

Ambas entidades han presentado concurso de acreedores en el plazo de unos pocos días, de modo que unos 80 docentes, entre ambas, y un par de docenas trabajadores más, han ido a la calle. De nada les ha servido sus protestas ante el tratamiento recibido; recordando una y otra vez su vinculación con el sindicato madre.

CC.OO. lo lamenta, pero asegura que no eran trabajadores del mismo; de modo que han sido despedidos con las indemnizaciones al uso. Consejos vendo que para mí no tengo. Su especial

vinculación con este sindicato, quien se presenta como adalid de los desfavorecidos, no les ha impedido ser arrojados a las delicias de la «legislación vigente». De este modo, los trabajadores de ANAFE y FOREM han sido tratados con buenas dosis de hipocresía y doble moral tan características de ciertas izquierdas; en esta ocasión desde el sindicalismo de CC.OO.

El balance es muy duro: son muchos los trabajadores arrojados a la intemperie, con sus respectivos familiares, sus sueños rotos, la incertidumbre añadida propia de estos tiempos de crisis y remuneraciones decrecientes. Siempre les quedará opositar al Gobierno de Navarra, quien se muestra muy generoso con su oferta de empleo público, pero sin el vascuence... mal vamos. Muy triste y muy duro.

Desde CC.OO., a modo de alegato exculpatorio, se afirma que las modificaciones legales en el reparto de las subvenciones para las acciones formativas y análogas les ha perjudicado, hasta el



punto de hundirles los chiringuitos a nivel nacional y navarro. Pero, de ser cierto, ¿cómo explicar tan alta deuda económica acumulada durante varios años? Entonces, ¿no será que hay algo más? Y, en cualquier caso, ¿por qué no se hizo nada para rectificar semejante declive? Por último, ¿cómo es posible que se hayan comportado desde CC.OO. con estos trabajadores como si fueran desalmados patrones del «neoliberalismo salvaje» que siempre mencionan cada vez que abren la boca?

En realidad, estas contradicciones, entre lo predicado y lo practicado, es una característica casi innata de la progresía al uso. Y un doloroso caso más de posverdad: lo que antes eran «prácticas salvajes», ahora, en el caso de ANAFE y FOREM, deviene en «jarabe sindicalista».

Pero tan lamentable quiebra puede y debe ser analizado más en profundidad, no en vano estos trabajadores, y

tal vez muchos de sus alumnos, han sido víctimas de un sistema viciado; un modelo corrupto de sindicalismo adocenado e ineficaz.

Una de las estrategias desarrolladas para captar adhesiones, en una España con tasas muy bajas de afiliación sindical, fue el negocio –perdón, el sistema– de los cursillos de formación, tan necesarios para desempleados en un mundo en rápida evolución; tanto a nivel de capacitación laboral como de mutaciones profesionales. Subvencionados por las diversas administraciones estatales, en época de vascas gordas, múltiples operadores se lanzaron a la requisita de su chorrito de dinero público; entre ellos no pocos de filiación para-sindical. Fueron los casos de ANAFE y FOREM, bajo la personalidad jurídica de fundación indisimuladamente avalada por CC.OO. Pero tras unas décadas de esplendor, rutinas y, acreditadas no pocas prácticas corruptas, el negocio se vino abajo. A ello coadyuvó, y no poco, la crisis económica eclosionada en 2008 a nivel financiero y que ha sido el punto de partida de fenómenos como las deslocalizaciones, la precarización de las condiciones laborales, etc. Era necesario, pues, redimensionar el sistema y purificarlo, un poquito al menos, para salvar las apariencias; aunque fuera a costa de los más débiles, pues clases, oiga, sigue habiendo y no parece que los gerifaltes de «la confederación» y los patrones de esas fundaciones hayan salido muy perjudicados.

En el régimen del 78 –del que se repite constantemente que está en crisis– tanto CC.OO. como UGT –los dos mayores sindicatos y máximos beneficiarios en su ámbito de una legislación bastante análoga a la que rige los partidos políticos– perdieron definitivamente su carácter revolucionario, si es que alguna vez lo fueron; acomodándose muy gustosamente a la situación. Bajo un manto retórico y ritual de vanas soflamas, se convirtieron en un apéndice de las administraciones, a causa de su financiación mayormente pública, adoptando no pocas de las actitudes más negativas del funcionariado de vocación burocrática: ¿no resuenan en todo ello ciertas tonalidades cripto-comunistas?

Su deriva llegó al punto de perder el sentido de la realidad. Así, al calor de la globalización y la reciente crisis económica, se configuraba el precariado: unas nuevas generaciones en teoría muy bien formadas, a las que se había educado en la obtención del deseo a coste cero. Pero un mundo incontrolable y cambiante les presentó cara a cara una realidad muy distinta a tan altas como alabadas expectativas. Diversos actores lo advirtieron: así se explica en gran medida el éxito – en su día– de Podemos y sus diatribas populistas, desde una incuestionable base marxista-leninista, entre estos jóvenes y sus «padres» morales.

Con cierta coherencia inicial, desde Podemos, se intentó alguna incursión en el rígido mundo sindical: nos referimos a «Somos». Pero aquella aventura no era congruente con sus propios orígenes familiares, pues buena parte de tanto falsario aspirante a «político de nuevo cuño» desembarcó desde CC.OO., las bases municipales de IU y diversos «organismos populares», todos ellos dependientes de las subvenciones públicas. En definitiva: participaban de una misma cultura de lo público y su expresión más directa: las subvenciones.

En definitiva: los grandes sindicatos –los pequeños se han resignado a las migajas sobrantes del sistema– han sido incapaces de articular una respuesta lúcida y operativa hacia los «perdedores» de la globalización: hoy los jóvenes y despedidos mayores de 40 años, ¿mañana?

Con todo, los sindicatos siguen igual: carecen de una base significativa de afiliación y no gozan de prestigio social alguno. Pero, lo que a efectos internos implica, también empiezan a sufrir algunos efectos de la crisis económica: menos liberados, subvenciones algo más limitadas y bajo lupa, eliminación de una parte de sus privilegios...



En este contexto CC.OO. ha tenido la desfachatez de intentar colar sus errores al actual Gobierno de Navarra conjurado con el central, según su criterio, y sus nuevos modelos de acción pública. Pero, por Dios, seamos realistas: ¿los nacionalistas también son los responsables de la crisis de ANAFE y FOREM? A cada uno lo suyo. ¿No consistía en esto la virtud de la justicia?

Los nacionalistas serán muchas cosas, pero no tontos. No es que sean infalibles, ni unos superhombres, pero dada su rígida lógica interna, su potente motivación ideológica, el control social informal derivado de sus prácticas paramilitares, y unas estructuras siempre en guardia, las organizaciones de raíz separatista tienen un «plus» que les permite ir por delante. Si ese aditamento es fruto del fanatismo, la pura ideología o la mera praxis, ya es cuestión del gusto y particular combinación de cada analista. Por supuesto que, desde las administraciones públicas controladas por los separatistas se ponen todo tipo de palos en las ruedas de sus adversarios – del sector y color que sea–, pero es innegable que su tensión militante les permite anticiparse y trascender ciertos egoísmos que han anidado hasta la corrupción en estructuras más convencionales; llámense partidos al uso, sindicatos o fundaciones formativas. Y que quede claro que el «egoísmo de secta», tan consustancial al mundo abertzale, es acaso el más dañino y perverso: ahí está su límite, pero también su capacidad subversiva del sentido común y la decencia hasta llegar a la distorsión existencial de grupos humanos enteros y sociedades como la nuestra.

LAB, ELA, STEE-EILAS, ESK, EHNE, HIRU, etc., ciertamente se adaptan y muy bien a todo aquello que pueda beneficiarles: no hacen ascos a nada; de modo que la legalidad es también una oportunidad, una brecha a explotar. Tamaña audacia, combinada con su falta de escrúpulos morales –subordinación de los intereses de los trabajadores a los de la «construcción nacional» o incluso al mismísimo terrorismo–, impuestas por su ideología totalitaria, les capacita para generar estructuras sindicales y otras empresas culturales mucho más elaboradas y estables que las recién fenecidas; no en vano, buena parte de sus apoyos se sustentan en el puro voluntarismo de unos militantes y próximos acostumbrados a afirmarse en todo espacio.

La sociedad está cambiando a un ritmo galopante, la globalización genera efectos imprevisibles y perversos... y los sindicatos siguen sin enterarse. En río revuelto, ganancia de... los más decididos. Pero esto es así en el ámbito sindical, del que venimos hablando, y en todos los demás.

Audaces fortuna iuvat. Mucho tenemos que aprender de este espíritu los que no somos nacionalistas.